

Gregorio José Ramírez

en la Independencia



Julio Suñol

La fecha de la Independencia que celebramos hoy 15 de setiembre y que nos fue notificada por correo algunos días después de acaecida, no tendría tan hondo significado si no fuese que se produjeron dos hechos históricos posteriores que vinieron a reafirmar lo que en un principio fue un acto formal.

La independencia plena de Costa Rica se consolida durante los meses de marzo, abril y mayo de 1823, gracias a la intervención de hombres que como Gregorio José Ramírez, decidieron el rumbo republicano del país. Y gracias también a los sucesos patrióticos de 1956, resumidos en la guerra contra William Walker, encabezada por dirigentes del talante de Juan Rafael Mora.

Gregorio José Ramírez tiene un sitio singular en los anales de la nación. Es un personaje del cual se habla poco porque poco se le conoce.

Era endeble y enfermizo. Marino. Tenía un bergantín lla-yaquil. Comerciante avezado, también buscaba las últimas noticias sobre las luchas de los patriotas sudamericanos en favor de la independencia. Trajo ideas refrescantes, informaciones novedosas y vigorosos alientos para su pueblo.

Pequeño de estatura pero firme y consecuente en sus convicciones, cuando le llegó su hora asumió los deberes de su destino y se convirtió en el eje republicano de los costarricenses, diseñando su futuro que se prolonga hasta hoy.

En marzo de 1823 la Asamblea Constituyente reunida en Cartago desligó a Costa Rica de los peligrosos azares del Imperio de Iturbide. Se creó una junta de gobierno en la cual Juan Mora fue el encargado de la hacienda pública, en tanto que don José Santos Lombardo asumía la conducción de las fuerzas armadas. Quedábamos disfrutando de autonomía frente a León, Guatemala y México.

Los imperialistas promueven un levantamiento y toman el cuartel local. Osejo, el gran luchador republicano, no murió porque huyó con celeridad. Dos vocales de la junta abjuraron de sus ideas. El movimiento golpista tuvo buen éxito y las instituciones quedaban momentáneamente hundidas. La noticia significó una conmoción en San José y en Alajuela. Heredia y Cartago se hallaban unidas en un único propósito. Si debía salvarse el pensamiento de los hombres liberales e impedirse la secesión, alguien tenía que levantar la bandera. Y ese hombre sería Gregorio José Ramírez, epígono del Bachiller Osejo en su provincia de la Alajuela.

La tarea de Ramírez devino monumental. En un corto periodo de quince días resolvió todos los problemas, y una vez cumplida su misión renunció al puesto de dictador paternalista que desempeñó a su pesar para purificar las instituciones.

Ramírez, ante el llamado de los compatriotas, preparó su ejército en cuatro días; venció en uno; en cinco reorganizó a Cartago; en dos recuperó a Heredia; en dos más licenció a sus fuerzas. Y el día decimoquinto resignó al mandato que se le había conferido, haciéndolo ante la propia Asamblea derrocada que él se encargaba de reinstaurar en el ejercicio de sus funciones soberanas.

Gregorio José Ramírez, siendo dictador, actuó con disciplina férrea en protección de las instituciones, pero no signó su conducta con la perversidad. En su momento, cuando muchos vacilaban, incluyendo a no pocos vecinos de San José, mandó a levantar una horca en la plaza principal (hoy Banco Central) y anunció que allí serían ejecutados los traidores. También notificó posibles expropiaciones. No hizo lo uno ni lo otro, pero demostró una energía imperativa en circunstancias críticas para el país.

Se negó a aceptar la tesis de los pusilánimes que buscaban fórmulas a fin de que cada provincia se diera la orientación política que cuadrara a sus intereses. Quizá intuyó que ese sería el fin de la unidad nacional.

El 6 de abril sería la jura del Imperio en Cartago. Dos días antes, el 4, las tropas republicanas marchan hacia la metrópoli. Hacen un alto en Tres Ríos. Los soldados reciben raciones de totoposte y de aguamiel. Después, la batalla de Las Lagunas. El triunfo está consolidado. Renuncia a su posición y muere a la temprana edad de los 28 años.

El Brigadier de Honor, restaurador de la Independencia y Comandante General de las fuerzas republicanas, tiene la mortaja que quiso; el hábito de San Francisco. A sus pies, el uniforme de General. Todo ha sido como un relámpago. Su vida y su muerte. La obra realizada por él restauró la independencia y en verdad la cristalizó para siempre.

Hoy, al celebrar nuestros 153 años de vida autónoma, honramos el obligante compromiso de rendir homenaje a quien hizo posible una dimensión política que estuvo en peligro.

La historia de las naciones la hacen los héroes, los sabios y los santos. Gregorio José Ramírez fue esa trilogía magnífica y merece exaltación.